

Creación

Sonja Åkesson



Sonja Åkesson. Fotografía Hans Jacobsson / Scanpix

Sonja Åkesson

Sonja Åkesson (1926 – 1977), poetisa y dramaturga, nació y creció en la isla de Gotland desde la que se trasladó a Estocolmo en 1951. Allí siguió en 1954 un círculo de estudios sobre poesía moderna y luego otro de escritura libre.

Debutó relativamente tarde, en 1957, pero ya sus dos primeros libros la colocaron entre los debutantes más prometedores.

Su poemario *Husfrid* (*Paz hogareña*, 1963) la hizo famosa y pronto se convirtió en la poetisa preferida del movimiento feminista. Su poema *Ser esclava de hombre blanco* es un clásico. Destaca su capacidad para concentrar una historia en pocas palabras sugerentes y contarla con humor y distanciamiento en un idioma cotidiano y de tono muy personal.

Durante la década de 1960 Sonja Åkesson colaboró activamente con grupos de teatro independiente. Escribió diez poemarios, una veintena de textos para teatro y canciones.

La editorial Vaso Roto publicará este año una amplia antología de su obra.

Voluntariamente

Fue como la pequeña mosca que no quería volver a casa — se encontraba muy bien en la ventana de sirope.

—Pero, hija mía, dijo la mamá mosca. ¡No te vas a pasar todo el día sentada en la ventana de sirope! ¡Qué dirían!

La niña mosca no contestó, simplemente hizo como que no oyó.

La mamá, que estaba bastante agotada, se marchó volando.

Era algo con lo que la mosca niña no había contado — ¿cómo iba a regresar a casa con la honra intacta? Después de un rato se sintió saciada y más que satisfecha

Entonces tuvo una idea.

—Oye tú, le dijo a la araña que andaba por allá arriba, en el techo, no te apetecería capturarme y llevarme a mi casa para que no pareciese como que yo... es algo tan irritante regresar a casa voluntariamente ¿comprendes?

Bueno, la araña no tenía nada en contra. Si podía hacer una buena obra... Era como una pomada milagrosa para la vieja conciencia llena de heridas de una araña.

Así pues la araña devolvió a la hijita pequeña a su madre que quedó al mismo tiempo encantada y aterrorizada y revoloteó de aquí para allí murmurando sobre lo uno y lo otro. Poco a poco fue comprendiendo que la araña — ya que tan elegantemente había vencido sus bajos instintos— estaba enamorada en serio de su hija.

Y cuanto más pensaba la araña, más impresionada estaba de su hazaña — y por la chiquilla mosca. Y ella, la mosquita, bueno se sentía tan halagada que inmediatamente se puso a pensar en velos y tules y...

Sí, eso es lo que puede pasar aquí en el mundo cuando una araña y una mosca quedan prendadas una de otra.

Una carta

¡Hase!
¡Hans Evert!
¿Te acuerdas de mí?

No fui tu primera chica
claro
pero tu fuiste mi primer chico.

Ibas constantemente en la bici, una Rambler,
y llevabas la gorra en la nuca
y yo iba en la barra con mi abrigo rojo
y a veces en la parrilla.

Una tarde nos caímos en la cuneta.

Qué canciones cantabas.
Ya entonces eran viejas:
“A casa de mi chica
tarde o temprano
me lleva el camino
a casa de mi chica
que escribe
que me quiere”
aún oigo tu voz con precisión:
azafrán y canela y unos granos de mostaza
y tú desafinabas un poquito en todos los tonos.

Tu hermana estaba gorda y se llamaba Jenny

Cuando empezamos tú tenías 17 años y yo —
no, no me atrevo a decirlo.
Podrías acabar en la cárcel.

Tú estabas siempre bronceado por el sol.

Luego llegó la movilización.

¿Recuerdas aquella cabaña de la orilla del lago azul
con el gallo y el gato y los abedules?

Imagínate que viviésemos allí ahora.

Yo hubiese tenido un montón de críos
que se lavarían en una palangana
en la cómoda
antes de ir a la catequesis dominical.

Tu hermana, la gorda Jenny,
hubiese sido mi cuñada.
Pero no hubiese tenido suegra.

Tu padre la había matado de un tiro
y luego se había cortado el cuello
con una navaja de afeitar.

Una vez me enseñaste una foto de ellos.

A veces te emborrachabas un poco.
Entonces ponías en el manillar
ramilletes de jazmín
o ramitas de peral en flor.

Una vez te lo hiciste
con otra chica.

Cuando enloqueció tu padre te escondiste en un
armario.
Él también había pensado matar a tiros a los hijos.

Yo mentía todas las noches.

Nunca había mentido antes.

Cuando mentía hacía como
si yo no fuese yo.

Simulaba que era un sueño.

Pretendía que ni siquiera era yo
la que soñaba.

Mi madre tenía un olor ligeramente ácido.
Se le había caído el pelo.
Ella lloraba
y yo también lloraba convulsivamente

aunque sólo era un sueño,
y aunque tampoco era yo la que soñaba.

Todos los días eran un solo sueño.

Una noche mi madre se sentó con abrigo y sombrero.

Imagínate que lo hubiesen hecho,
quiero decir si me hubiesen echado de casa.
Imagínate, yo que lloraba reclamando a mi madre
desesperadamente
cuando sólo llevaba una semana en casa de la prima Ruth.

Tú eras bueno con los niños.
Y no quiero decir nada irónico.
Yo no era un niño.

Tú eras muy bueno con los hijos del campesino.
Tú eras también bueno con la vieja señora de la
limpieza.
La gente decía que eras bueno con los hijos del
campesino
y con la vieja señora.

“Un saludo con el viento quiero yo enviar
a mi padre y a mi madre y la chica de mi lugar”

Cuando cantabas te subía y bajaba la nuez.

Tú padre llevaba mucho tiempo sin levantarse,
paralítico,
creo que a raíz de un accidente.

Tu madre estaba muy guapa en la foto.

Luego estalló la guerra
y durante varios años
no fui la chica de nadie en particular.

Durante algunos años no mentí nunca.

Más adelante te hiciste de los de Pentecostés
y te casaste, bastante rico
con una chica, con finca, también de Pentecostés.

Te encontré una vez.

Le habías pedido perdón a Dios, dijiste.
Me sonó bastante estúpido.
Sabía que me deseabas.

¿Cuántos años puedes tener ahora?
¿45?

¿Sigues en la congregación redimido?
¿Crees que tu padre estará en el infierno?

¿Hueles todavía un poco a caballo?

Aunque seguramente tendréis tractor.

Creación

Lotta Lotass



Lotta Lotass. Fotografía Dick Claésson

Lotta Lotass

Lotta Lotass nació en Borgsheden (28-2-1964), en la provincia de Dalecarlia, estudió literatura y filosofía en la universidad de Gotemburgo, donde se licenció con una memoria sobre el escritor Stig Dagerman. En 2009 fue elegida miembro de la Academia Sueca, y es una de las escritoras más brillantes de la actualidad.

Poeta, dramaturga y novelista, debutó en 2002 con la publicación de *Kalkällan*, novela en la que ya invita al lector, laborando con una especie de “estética de lo omitido”, a compartir un viaje y propiciar un coloquio en torno a la posibilidad de empatía y solidaridad en un mundo deshumanizado.

En la novela *Tredje flykthastigheten* (2004) recrea la infancia de la era espacial, en torno a la figura de Yuri Gagarin, para explorar al límite la posibilidad de otro mundo. A esta novela pertenecen las páginas que presentamos a continuación.

Prólogo

De nuevo oye el canto del grillo que está bajo la nieve. Ahí permanece acurrucado, en el fino estrato entre tierra y cristales de hielo, frotando sus élitros. Está con la cabeza agachada en la tierra y con doloridas axilas que apenas pueden soportar el peso de las alas. Ahora canta el ancestral canto, aquí mismo, en este cuerpo celeste bajo otra estrella. La luz de azul hielo cae directamente a sus ojos, cerrados. Él yace boca abajo con el rostro enterrado en la nieve. Si cuenta durante quince segundos los aleteos del canto del grillo, puede calcular con esos números los grados de frío. Una mano se extiende. Su guante arrancado. Reúne fuerzas y grita. El grillo canta ahora tan alto que tiembla la tierra. Su canto le atraviesa y le produce castañeteo de dientes. El viejo canto. Como se cantaba en su tierra, en la estepa de Kazajistán. Tan alto que vibra el suelo. Tan alto que sus voces son ahogadas y tienen que hablarse a gritos a pesar de estar hombro con hombro. Mira a lo lejos, donde el enorme cohete cuelga como de hilos invisibles, fijados en algún sitio del aspa de mando del universo. Ingente y refulgente acero, sin el esqueleto de apoyo de las vigas, es como el calco de una mano extraña en el cuadro panorámico de la estepa. Prácticamente absorbido por el cielo, pálido por el sol despiadado, vibrando como en un espejismo producido por la neblina de la mañana, o como a la espera impaciente de dejar la tierra y precipitarse de bruces en la profundidad del universo. Yuri despega y los abandona. Yuri sabe distinguir a ciegas, con sólo oler y palpar la madera, el pino del roble, el arce del abedul. Están a tres kilómetros de la rampa de lanzamiento. La tensión los envuelve como el polvo que se levanta de la tierra. Allí alza una mano y saluda. Algún tipo de peso se desploma sobre ellos. La historia avanza detrás de ellos, mira exigente sus espaldas. Cuchillo de piedra, piensa, cuchillo de piedra y poco después satélite. Millones de esclavos anónimos dieron sus vidas en la construcción de las pirámides de Egipto. Eso piensa ahora. La voluntad y la idea de grandes hombres del pasado, sin dios muchos de ellos. Pronto se verá

obligado a rendir cuentas ante ellos, ante teóricos y constructores. Arquímedes y Copérnico, Galileo y Giordano Bruno, Lomonósov y Newton, Kibálchich y Tsiolkovski. Qué ofrecerán después al tiempo a cambio de esos segundos de la cuenta atrás del responsable de lanzamiento del cosmódromo - diez... siete... tres... dos... uno... Estruendo. Oigo la voz de mi amigo, apenas distorsionada, en los auriculares. Y más fuerte que él siento la potencia con que trabajan los veinte millones de caballos de los motores del cohete para romper las amarras que lo mantienen detenido en tierra. Si regresas, viajaré. Si no regresas, viajaré. Si viajas lejos, viajaré más lejos. Si el universo te engulle y te escupe fuera, primero te olvidaré y luego volveré a recordar tu nombre cuando suba a bordo. Un estruendo informe e inaudito avanza rodando por la estepa. Las llamaradas se disparan hacia afuera, a lo alto. El cohete se libera lenta y dolorosamente de la rampa de lanzamiento y se eleva renuente hacia el cielo. Luego empieza a aumentar de velocidad y allá, lejos ahora de la vista, es ya un refulgente cometa. Y cuando el rugido de los motores ha enmudecido, él vuelve a oír el canto indiferente del grillo. La ligera brisa vuelve a llevar consigo el aroma de salvia del bosque y el aroma especiado del prado de primavera. Todo permanece y permanecerá inalterable en la estepa cuarteada. Permanece como si fuese hace eternidades. Allá en lo alto sólo se mueve el tiempo. En algún lugar de las alturas parpadea Vostok, la estrella artificial, en la Aurora de la madrugada cósmica. Cedros, grita Yuri, cedros al alba. Cuando salen al encuentro de Yuri, todos vestidos con trajes de astronauta, uno de los científicos lo miró, lo abrazó y rompió a llorar. Yuri meneó la cabeza y dijo como se dice a un niño: Vaya, ciento ocho minutos se han desprendido de la tierra. El científico abraza de nuevo a Yuri. Este es tan terrestre como antes del viaje, pero ahora es otro, uno que ha vuelto del cosmos. De nuevo rompe a llorar el gran científico. De golpe resulta más fácil respirar. El peso que se ha posado sobre nosotros ha desaparecido y la soleada estepa rueda

más allá del horizonte, como si hubiese absorbido e incorporado eternamente el estruendo despiadado del cohete. Hemos superado la prueba. Así recuerdo la mañana de la era espacial.

Epílogo

El canto del grillo tiembla en la tierra. Alguien grita su nombre. Levanta el rostro de la nieve. Una montaña se alza ante él. Salientes de rocas se recortan y se cruzan a lo alto. El musgo está más verde de lo que nunca ha visto. Se levanta. En algún lugar oye el batir de las olas contra las rocas. La nieve cae como arena de su traje de astronauta. Se vuelve. Se abre ante él a lo lejos, hacia un lejano horizonte. Ahí está pues. Ahí ha esperado. Las olas nunca se hartan de su eterna tarea, ruedan siempre y continuamente hacia la orilla. El agua es clara, transparente como cristal y de color verde claro. Más allá conduce una oscura franja, más allá aún una banda del azul más intenso, luego un gran sembrado verde, como un campo de trigo tierno y en medio del horizonte una banda estrecha y celeste que se funde lentamente con el cielo. ¿Es un iceberg brillante lo que ve recortarse contra el horizonte? La luz desacostumbrada se burla de sus ojos. Tiene calor. Empieza a quitarse el traje. Alguien vuelve a gritarle. Ahí está, tras el bloque de hielo a la deriva que se ha desprendido del glaciar. Señala el mar con la cabeza y sonríe. Un viento cálido atrapa su traje y lo lleva a lo alto de la ladera. Baja caminando hacia el agua. La arena de grano fino cosquillea sus pies. Echa una mirada al cielo. A lo alto, en algún lugar, se desplazaron nuestras naves espaciales en sus órbitas. La tierra era entonces otra y las nubes no más inmóviles que manchas blancas, grandes como cabeza de alfiler, contra su fondo. Mira hacia el mar. Más allá, la luz es más fuerte y lo deslumbra. Los icebergs desaparecen por el horizonte. Ahí está pues. Ahí ha esperado. Sonríe y se sitúa al borde del agua. ¿Qué te parece un baño? Yuri Alekséyevich está a su lado, pone la mano en su hombro y mira también hacia el Quinto Océano. Bien, ¿qué dices?

Traducción: Juan Capel

Creación

Ulf Eriksson



Ulf Eriksson. Fotografía Dan Hansson

Ulf Eriksson

Nació en Estocolmo en 1958 y es un notable poeta, novelista, ensayista, traductor y crítico literario, especializado en literaturas hispánicas.

Ha publicado una docena de poemarios publicados en un volumen en 2011. Ha escrito crítica literaria en diferentes periódicos y revistas, hoy en el diario Svenska Dagbladet. Entre sus grandes traducciones está la de la poesía de Antonio Gamoneda. Ha recibido un gran número de premios literarios.

Ahora

Un niño
es un adulto
que justo ahora
vive su infancia.

Un adulto
es un niño
que ha llegado
a crecer.

Escucha:
Cada niño
al que le hayas hecho algo bueno
te envuelve
en su alegría
y te protege
contra el vacío.

Cada niño
al que le has hecho daño
abre su pena
sólo a ti
y te arrastra
al vacío.

Ambas posibilidades
se realizan instantáneamente
como todo lo eterno.

Porque el hecho de que
cada vacío
es un vacío
que justo ahora
llega a vivir
su vacío

es sólo una de las caras de que

cada abrazo
es un abrazo
que justo ahora llega a
vivir su abrazo.

Viejo clásico

Tú hablas del nuevo día
y dices que hay que ganarlo.

Cuando eras joven,
hace veinticinco siglos,

se tenía miedo al abismo de luz podrida
de los días perdidos.

“De otra luz
clarear el sentido en palabras que permanecen.”

Nos adviertes obstinadamente
de la degeneración de la autoestima, cuando

“el óxido de la envidia”
penetra en la “armadura del orgullo.”

Pero cuando dices “todo en mi interior ha venido de
fuera y es prestado”,
eso vale también para tu voz en mi oído:
un viento que lleva un mensaje de los colores del paisaje
mueve la tela de araña en el campo de piedra caliza.

Viento, piedra ¿qué importancia tiene
cuando uno está fuera de su imagen? Quizá
algo no obstante, porque tú me lo susurras a mí.

“También yo fui joven una vez”, dices.
Seguro que es verdad, contesto, pero aún más verdad
es que sigues siendo joven:

(Resplandeces.) Añado: joven,
pero no en tu propia vida, sino
en el pasado de los no nacidos.

La biblioteca

Hay un atajo
en la parte de atrás de la biblioteca de Asplund
donde — es sólo un vislumbre— la ciudad
siempre es nueva,
lo sé
desde que era pequeño.

Se ve el brillo
en el estanque antes de verlo. A diferencia
de otros conocimientos
este llega pues
antes de producirse.

Quiero que todas las personas
tengan un lugar así y
sé que muchas han tenido que tenerlo,
si no los textos de allí dentro
serían imposibles de imaginar.

Todo esto trata también de
que es por la mañana,
que es temprano en el cuerpo
y que uno está en camino.

El asombro de los niños deviene sombra de la copa de
los árboles sobre nosotros,
su mirada escarcha,
pero el suelo
por el que caminamos, tarde o temprano en nuestras
vidas, está
por todas partes y cada día es completamente nuevo.

Madrid

Tras unos pocos días
en un viaje que hago solo
he olvidado
(tan fácilmente como se olvida un sueño)
grandes partes de mi vida.

¿Quién era
el que iba a poder verlo
él que ve lo
que ve *ahora*?

¿Y quién lo va a olvidar?
¿Y quién será él *entonces*?

Hay un hombre despierto ante el mundo
y es ignorante de sí mismo,
aunque no del todo,
y por eso él piensa serenamente: soy
yo quien es lo desconocido
en todo lo que siento.

Creación

Lina Ekdahl



Lina Ekdahl. Fotografía de Emelie Asplund

Lina Ekdahl

Poetisa y dramaturga, nació en 1964 en Gotemburgo. Debutó en 1994 con el poemario “Fram på dagen” (Por el día) . En 2012 la editorial Wahlström & Widstrand publicó su sexto poemario “DIKTSAMLING” (POEMARIO). Desde 1984 ha leído sus poemas por toda Suecia y fuera de su país. Su poesía ha sido traducida al alemán, ucraniano, macedonio y jemer o camboyano. Escribe teatro para niños y adultos. También escribió el libreto de la ópera “Det går bra nu”. A lo largo de su carrera Lina Ekdahl ha colaborado con artistas, bailarines y músicos en una serie de proyectos diferentes. Pronuncia conferencias y dirige talleres de escritura creativa en escuelas, institutos y universidades. Ha recibido importantes premios de poesía, el Werner Aspenström y el de la asociación Gustaf Fröding. Este año la editorial Libros del Innombrable publicará una antología de su obra.

El conflicto está solucionado

Ahora lo digo por ultimísima vez
Parad ya.
Si veo a alguno de vosotros disparar otra vez
no habrá postre.

¿No oís lo que digo?

Entonces os quito las pistolas
y los fusiles y los cañones y las granadas.
No os los puedo dejar
si lo único que hacéis es estar disparándoos todo el tiempo.
Ahora tiene que acabar.

No me importa saber quién empezó.
No tiene importancia.
Dejad ya de matar.
Dejad la guerra.
Ya basta.
Ahora tiene que acabar.

Mirad aquí y veréis el triste espectáculo,
casas destrozadas, niños solos, gente muerta por todas
partes.
No hay comida, todo está destruido.
Ahora ya está bien, basta. Ahora tenéis que pedir perdón.
Hacedlo.
Pedíos mutuamente perdón.

Sí.

De todo corazón, sí.
Te perdono de todo corazón se dice cuando alguien pide
perdón.

Ahora tenemos que ayudarnos mutuamente a
reconstruir las ciudades,
atender a las gentes abandonadas,
restañar las heridas
y nunca, nunca más volver a hacer estas mismas estupideces.

Ahora vamos a comer el arroz con leche.

Pelea

Toda la montaña está cubierta de brezo
brezo en flor
brezo en flor en flor en flor

Tú no corres detrás de mí por el brezo
tú no corres detrás de mí
a grandes zancadas

no me agarras de los hombros
y me das la vuelta

yo misma me doy la vuelta
la cara vuelta hacia afuera

—

Toda la montaña está cubierta de pañuelos
pañuelos recién planchados
pañuelos recién planchados recién planchados recién
planchados

—

Me doy la vuelta
y empiezo a bajar
ahí estás
junto a un álamo temblón
y pronuncias mi nombre

yo digo
ahora florece el brezo.

Viernes

No suelo andar en bicicleta en torno a la catedral
justo cuando dan las seis
y los pájaros levantan el vuelo
y en la iglesia están el cura
y el sacristán
y algún que otro feligrés

fuera hay un batería
y es ese el ritmo que se oye constantemente
en el interior de la iglesia
no suele ocurrir
que tú
Anette
tengas esa sensación
esa sensación de como si estuvieses en el extranjero
yo tampoco

uno no se podía imaginar que hubiese tantos pájaros en
los árboles
eso no se ve hasta que echan a volar
entonces se les ve
y entonces uno comprende
que tiene que ir a esos lugares
para
entender
que todo no era como creías.

La foto del año

Buena luz
iluminación fantástica
capacidad de captar el instante
de estar en el lugar adecuado en el momento oportuno

después del reparto de premios
habrá un bufé en el vestíbulo
rogamos a los fumadores que salgan a fumar a la terraza

la traumatizada mujer
y el niño sin brazos
agradecen el interés mostrado.